El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII — DIARIO DE LA NOCHE — NÚM. 8607

PRECIOS DE SUSCRICION.

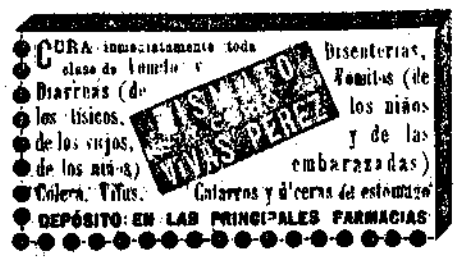
Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. ***Provincias***, tres meses, 7'50 id.—***Extranjero***, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 26 de Setiembre 1888



COLEGIO DE LA PURISIMA CONCEPCIÓN

de primera enseñanza en sus tres grados, segunda hasta obtener el grado de Bachiller y preparación para carreras especiales, para internos y externos, dirigido por Don Antonio Ortiz Bernal, en Murcia, número 4 de la calle de Aljezares.

En este acreditado establecimiento de enseñanza, que cuenta 20 años de existencia, queda abierta la matrícula para el presente año académico.

Los brillantes resultados obtenidos por los alumnos en los exámenes de prueba de curso son la mayor garantía y la prueba más convincente del interés con que son dirigidos.

Además de los profesores necesarios cuenta también con inspectores que acompañan diariamente á los alumnos á sus respectivas clases al instituto, de cuyo centro son alumnos oficiales, y un respetable sacerdote los vigila hasta en el paseo.

Para precios y otros pormenores, dirigirse al director en Murcia, Aljezares, 4.

POLICÍA URBANA

En El Eco del día 20, publicamos un artículo lamentando la indiferencia conque en Cartagena se mira ya por las autoridades, ya por el vecindario, todo lo que se relaciona con la limpieza pública

En el citado artículo registramos las grandes deficiencias que en este servicio se notan en nuestra ciudad, indicando que al proceder de la manera que hoy se procede con respecto á este importante servicio, proporcionamos elementos favorables á las muchas causas morbosas, que obran funestamente sobre la salud pública, circunstancia que debía influir para que Cartagena fuera una de las poblaciones donde con más rigor se observara todo lo concerniente á la policía urbana.

Para demostrar una vez más la mucha importancia que desde los más remotos tiempos se ha concedido á la limpieza pública: vamos á registrar algunos datos históricos bastante curiosos.

El célebre Franklin al propio tiempo que concibió la idea de su *Plan de educación de la juventud* y ejecutaba sus experiencias sobre el pararrayos, se ocupó en establecer el barrido en las ciudades americanas.

A este propósito dice tan eminente hombre en sus *Memorias:*

«Filadelfia no tenía barrenderos Después de algunas investigaciones, encontré un pobre trabajador que se encargara de tener el piso de la calle limpio, barriendo dos veces por semana y de quitar el lodo de todas las puertas de la vecindad, mediante la retribución de seis peniques al mes por cada casa. Hice imprimir un anuncio en el que demostraba las ventajas que la vecindad sacaría de este pequeño gasto: más facilidad para tener las casas limpias, puesto que al entrar no se llevaba á ellas tanto lodo; más ganancia para las tiendas, puesto que los compradores llegarían á ellas con más facilidad, estando al mismo tiempo más limpias del polvo las mercancías, etc, etc Remití este anuncio á cada vecino y un día ó dos después les visité para ver cuáles eran los que consentían en pagar los seis peniques por mes. Nadie se opuso y todo fue bien.»

Desde el reinado de Felipe Augusto. (1180 á 1223] dice M. Levy los habitantes de París, están obligados á barrer delante de sus puertas y transportar las inmundicias al campo, por medio de un carro alquilado y común para cada calle.

Desde 1343 hasta fin del último siglo, los prebostes de París, los comisarios del Châtelet, el Parlamento y el poder Real, multiplican los decretos y órdenes concernientes á la instalación del muladar, la limpieza de las calles, el establecimiento y la limpieza de las letrinas.

En 1395, se estableció la pena de prisión á pan y agua, contra los habitantes que descuidasen el limpiar delante de su casa. Este castigo draconiano, fue justamente derogado por el edicto con que se creó la Tenencia general de policía, reemplazándolo pura y simplemente con una multa, según dice Fonssagrives

En 9 de Octubre de 1608, Malherbe escribía á Peyrec una carta en la que se encuentra este párrafo:

«Hay en este momento en París un gran orden para los lodos, y para que las casas paguen dos veces más que antes, pero yo temo que esta gran furia no durará y que insensiblemente llegaremos al desorden pasado, y que tendremos tanto barro como antes.»

Las predicciones de Malherbe se realizaron y hasta la creación de la subtenencia de policía general, no se remedió este mal

El edicto de 10 de Noviembre de 1706. relativo á los tenientes generales de París. les encarga todo lo que concierne al «establecimiento de faroles públicos y de la limpieza de las calles y plazas y estipula el precio que ha de pagarse por los Depositarios de fondos »

Muchas leyes promulgadas bajo la República, introdujeron en este ramo de policía más orden y precisión, la principal de estas leyes fue la de 24 de Agosto de 1790, aplicable á toda Francia.

El Imperio creó el canal de San Martín, las bocas de riego y el Consejo de Salubridad en 1804.

(Concluirá)

Variedades.

PELOTARIS CÉLEBRES (1)

BELOQUI

Román Beloqui es hoy el punto culminante del pelotarismo moderno, el jugador más encervante, más audaz, completo, arrebatador, extraordinario.

Extraordinario en todo, así en la fortuna como en la adversidad, mezcla indefinible de vigor y de flaqueza, de linfa y de sangre, parece un problema fisiológico de difícilísima solución, ante el cual se estrellan las críticas de los aficionados.

Casa herméticamente cerrada, hombre que vive por dentro, no hay en él nada que arroje al exterior las emociones y los contrastes de una sensibilidad excesivamente desarrollada, en lucha abierta con ductilidades que la falta de ambiente social mantiene en estado primitivo, en un estado casi salvaje.

Y entre los arcanos del hombre y la habilidad del jugador existen relaciones tan estrechas que el alma y el brazo se dan la mano, y los secretos de la una envuelven al otro en misterio impenetrable, al parecer.

De ahí el desconcierto que se apodera de los contrarios de Beloqui, siempre en brasas, siempre ansiosos, desorientados siempre, en pugna constante con lo imprevisto, faltos de seguridad para acudir á terrenos que desafían todo cálculo y tan asombrados ante la ejecución de una jugada maravillosa como ante una errada en pelota servida, que el último de los jugadores levantaría con la mayor facilidad.

Ya lo he dicho antes: extraordinario en lo grande y extraordinario en lo pequeño, todo es extraordinario en Beloqui.

Su juego no conoce términos medios: tiene el vuelo del águila y se pierde en las nubes, ó carece de alas y se arrastra por el suelo.

Esta desigualdad que la mayoría estima absurda, y juzga, en general, intolerable, tiene sin embargo, fácil explicación.

Jugador delantero verdaderamente excepcional, Beloqui entra en todas las violencias del juego de dentro con un ardor, con un nervio, con una sangre que se ciegan ante el peligro, le llevan, por arranque natural, á terrenos donde nadie sino él pone la planta.

Dotado de un brazo poderoso; dueño de todas las energías y de todas las travesuras que impone el juego delantero, donde se disputan los quinces palmo á palmo y los tantos se rematan en lucha abierta de habilidad y poderío, Beloqui desarrolla, en la plenitud de sus facultades y de su fortuna, un juego absorbente, incomparable, fenomenal.

La ligereza de sus piernas le hace cubrir diez cuadros y entrar á bolea desde tan larga distancia, quitándosela al contrario y lanzar desde adelante la pelota á los doce y trece cuadros, no por elevación, como la mayor parte de sus compañeros, sino en rasas potentísimas, casi invisibles, que arañan la pared cual cohetes voladores y esquivan la resta contraria en saltos fantásticos y efectos imprevistos.

Desde los diez cuadros, el jugador corre á los cuatro, á los tres; se coloca rozando el *escás*; sigue con ojo de lince los movimientos del brazo adversario; se lanza tras la pelota, que la pared despide con fuerza inaudita é imponente rapidez; recógela allí donde la mirada del público la ha perdido por completo, y en inverosímil escorzo, torcido el cuerpo, dislocado el brazo, jadeante, informe, montaraz, vuélvela de nuevo á la pared con brío formidable, atacando al enemigo con sus mismas armas, alarde admirable de temeridad y de destreza, donde Beloqui se yergue en todo el poder de su vigor y de una habilidad incomparables.

En esos momentos de imponente ansiedad, que envuelven al público en una emoción única, en una tensión nerviosa de que ningún otro espectáculo puede dar idea, no hay jugador de pelota que pueda compararse á Beloqui

Otros, como Elizegui, podrán tener más majestad, mas aplomo, más orden en su figura, ó, como el Manco, más flexibilidad en el manejo de la cesta y en los movimientos del brazo; pero nadie, absolutamente nadie aventaja á Beloqui en esas escaramuzas magistrales, donde el espíritu y la materia, la cabeza que manda y el brazo que obedece, se dan la mano para desconcertar primero y pulverizar después al adversario más formidable, con una severidad olímpica, con un dominio absoluto de sí mismo, que resuelve en el acto la dificultad más imprevista y responde con otra mayor, que le asegura la victoria entre los vítores entusiastas del público asombrado.

Su serenidad es tan grande que le ha hecho adoptar un recurso audaz, difícil, comprometidísimo, ante el cual retroceden todos los jugadores, y que alcanzó hace años, en manos del Chiquito de Eibar, los caracteres de una verdadera creación: *la dejada*.

Consiste en coger la pelota adelante, simular con el brazo un arranque que haga creer al contrario que la pelota va á lanzarse con fuerza y dejarla muerta en la pared, donde bota apenas y priva al enemigo de medios de defensa.

Si el adversario acude tarde, Beloqui consigue dos objetos: cansarle y hacer tanto. Si el adversario llega á tiempo (lo cual sucede muy pocas veces), la precipitada carrera que tiene que dar para alcanzar la pelota le deja forzosamente rendido y, de diez veces, nueve le obliga á restar pelota servida, y á preparar, por lo tanto, un holgado remate al competidor.

De todos modos la dejada aniquila las fuerzas del contrario y constituye, por esta razón un ardid ingeniosísimo, del cual está encariñado Beloqui y pone en práctica cuantas veces se presenta ocasión.

Para la ejecución de esa estratagema hace falta una sangre fría extraordinaria, hay que poseer dinámica excepcional, el arte de destruir en un segundo el vigor de la pelota y las creencias del enemigo, la habilidad para arrojarla al frontón completamente muerta, á pocos dedos de la falta, una suma de inteligencia y de osadía, en fin, que rara vez se encuentran reunidas en un jugador y hacen de Beloqui un pelotari inimitable.

Nadie tiene como él la valentía de emplear ese recurso en momentos dificilísimos, cuando los azares del partido parecen imponer á los jugadores mayor acopio de prudencia y seguridad y no dejar á la temeridad el más leve despojo.

Y de esa manera, ayudando á la potente fuerza de su brazo, á la impetuosidad irresistible de sus entradas, á la brillantez de su juego y á la ligereza de sus piernas, con los originales y eficaces ardides que su ingenio le sugiere, levanta un partido perdido, realiza arranques admirables, como el del partido del día 3 del actual, en que, llevándole Portal y el Manco trece tantos de ventaja, los arrolló él solo, los desconcertó, los hizo cambiar de puestos, los igualó, les tomó delantera y, alargada la lucha á 15 tantos, perdió porque Ozoro, segurísimo hasta entonces, falló desgraciadamente á última hora.

Pelotari de tan admirables facultades, es, sin embargo, como queda dicho antes, discutido como pocos, ensalzado como pocos también y vilipendiado quizá como ninguno.

Desconcertador de jugadores, lo es á la vez del público, y el temor que se apodera de aquéllos cuando luchan contra él trasciende á los espectadores y establece entre todos un estado de desconfianzas y agitaciones, un dualismo de aplausos y censuras, de ánimo y desfallecimientos que mantienen al público en constante ebullición.

Los defectos de Beloqui, aparte el pape importantísimo que representa en un partido de pelota, la fortuna, lo fortuito, ese cúmulo de circunstancias que ponen la suerte á los

(1) De la obra en preparación *La pelota y los pelotaris*.